



RELATOS QUE FLUYEN

CONCURSO DE MICROCUENTOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS 2025

INDH
INSTITUTO NACIONAL DE
DERECHOS HUMANOS

Conoce, Promueve, Defiende.
Derechos Humanos

15
ANOS

Relatos que fluyen: concurso de microcuentos sobre derechos humanos

Versión 2025

978-956-6014-49-2

Consejo INDH

Juan Carlos Cayo Rivera

Beatriz Corbo Atria

Ignacio Covarrubias Cuevas

Yerko Ljubetic Godoy

Cristián Pertuzé Fariña

Patricio Rojas Mesina

Paula Salvo del Canto

Alejandrina Tobar Vásquez

Osvaldo Torres Gutiérrez

Antonia Urrejola Noguera

Constanza Valdés Contreras

Coordinación: Instituto Nacional de Derechos Humanos Sede Región de Los Ríos.

Edición: Patricia Cocq Muñoz

Ilustraciones: Andrea Franco Navarrete

Diseño y diagramación: Elizabeth Vargas Barham

Impreso en América impresores, Valdivia

Esta publicación es de uso público y sus contenidos pueden ser reproducidos total o parcialmente citando la fuente. Su distribución es gratuita y queda prohibida su venta.

RELATOS QUE FLUYEN

CONCURSO DE MICROCUENTOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS 2025

Presentación

Relatos que Fluyen es mucho más que un libro. Es una corriente de voces que se entrelazan desde distintos rincones de la Región de Los Ríos para formar un cauce común: el del derecho a la palabra, a la memoria y al medioambiente. Este libro reúne los textos ganadores, las menciones honrosas y una cuidadosa selección de microcuentos enviados al concurso convocado por el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH), sede Los Ríos, con el propósito de abrir un espacio donde las comunidades pudieran narrarse a sí mismas, compartir sus miradas y ejercitar la escritura como parte de su derecho a la libertad de expresión.

Recibimos más de 120 relatos, desde ocho comunas de la región, con una participación que sorprendió por su amplitud y profundidad: desde estudiantes de enseñanza básica y media hasta personas privadas de libertad del Centro de Cumplimiento Penitenciario de Río Bueno, quienes encontraron en la escritura un modo de comunicarse, resistir y compartir su visión del mundo.

En estas páginas se perciben ecos de la infancia, memorias familiares, denuncias, sueños, pérdidas y esperanzas; historias mínimas que, como gotas de agua, se unen para formar un río caudaloso que nos invita a mirar de nuevo nuestro territorio, sus desafíos ambientales y su historia reciente.

El nombre de este libro —Relatos que Fluyen— no es casual. En Los Ríos, el agua es una presencia vital: recorre, limpia, da vida y también recuerda. Así como los cauces naturales marcan el paisaje y la identidad de esta región, las palabras escritas por sus habitantes trazan un mapa emocional que habla de lo que somos. Fluyen las historias, fluyen los afectos, fluye el deseo de ser escuchados y de que se respete la dignidad humana y ambiental. En ese fluir, cada relato se vuelve un gesto de afirmación, memoria y defensa del derecho a un entorno sano y libre de contaminación.

El INDH Los Ríos impulsa este proyecto convencido de que los derechos humanos no se defienden solo desde lo jurídico o las instituciones, sino también desde la cultura, la educación y el arte. Escribir es un acto humano, y cuando se invita a escribir sobre lo vivido, sobre la dignidad, la libertad y la defensa del territorio, se abren caminos de encuentro y reflexión colectiva. Los conflictos socioambientales que atraviesan la región —vinculados a los ríos, los bosques y el mar— también laten en estas páginas, como recordatorio de que el derecho al medioambiente sano está íntimamente ligado al derecho a la vida, a la identidad y a la participación.

En este sentido, el Acuerdo de Escazú, del cual Chile forma parte, inspira la vocación de este libro: garantizar el acceso a la información,

la participación pública y la justicia en asuntos ambientales, así como la protección de quienes defienden los derechos humanos en temas ambientales. Cada relato aquí reunido puede entenderse también como una forma de defensa: de los lugares que habitamos, de las memorias que preservamos y de las palabras que nos unen. Escribir se convierte en un acto de cuidado, de comunidad y de resistencia ante la indiferencia o la violencia ambiental.

El desarrollo de este proyecto fue posible gracias a una colaboración interinstitucional que fortaleció el espíritu de esta iniciativa. El Centro de Estudios Humanísticos (CEHUM) de la Universidad Austral de Chile y la Corporación Sur Memoria y Dignidad se sumaron activamente a esta experiencia, aportando su mirada y su compromiso con los derechos humanos, la memoria y el pensamiento crítico. Su participación permitió ampliar las perspectivas sobre la escritura, la justicia y el territorio, estableciendo un diálogo fecundo entre el mundo universitario, las organizaciones sociales y el trabajo territorial que el INDH realiza día a día. Gracias a esta alianza, el concurso y la publicación se consolidan como un ejercicio colectivo de reflexión y creación, donde la literatura se transforma en un espacio común para el pensamiento y la sensibilidad.

El proceso de recepción y lectura de los textos fue, para el equipo

organizador, una experiencia tan intensa como conmovedora. Entre las líneas se descubren mundos enteros: relatos que nacen desde la cotidianidad de un patio escolar, desde el silencio de una celda, desde la nostalgia de la lluvia o desde la defensa de un río amenazado. Cada historia es una ventana que se abre a una manera distinta de habitar el territorio, de mirar la justicia e imaginar el futuro. En conjunto, estos relatos muestran una región viva, diversa y consciente de los desafíos de la memoria, los derechos humanos y el equilibrio ambiental.

Los jurados —la periodista Daniela Contreras, por parte del CEHUM-UACH; el escritor Rubén González, en representación de la Corporación Sur Memoria y Dignidad; y una comisión lectora del INDH Los Ríos— tuvieron la difícil tarea de seleccionar entre tantas voces. Su trabajo se guio por la sensibilidad, la originalidad y la potencia de cada texto, entendiendo que en todos ellos había una forma legítima de expresión y de mirada. Los relatos premiados no son más importantes que los no premiados; todos juntos conforman un tejido de palabra viva, de comunidad y de afecto.

Este libro es también una invitación a seguir escribiendo. A quienes participaron, a quienes no alcanzaron a enviar sus textos, a quienes descubrieron en esta convocatoria que tenían algo que decir. Porque escribir es también una manera de cuidar los otros derechos: el de la

memoria, el de la identidad, el del medioambiente y el de la esperanza. Por lo mismo, este libro incluye un código QR que permite acceder a una guía pedagógica elaborada por la mediadora Karen Coronado, que nos ayuda a abrir conversaciones y reflexiones en comunidad.

Queremos agradecer a todas las personas e instituciones que hicieron posible esta iniciativa, a los jurados por su compromiso, y especialmente a quienes se atrevieron a escribir y compartir su historia. A través de ustedes, el INDH Los Ríos, junto al CEHUM-UACH y la Corporación Sur Memoria y Dignidad, reafirma su convicción de que la cultura, la justicia social y los derechos humanos —incluido el derecho a un medioambiente libre de contaminación— están profundamente entrelazados. En tiempos donde la palabra suele ser desplazada por el ruido, este libro nos recuerda que escribir, leer y escuchar siguen siendo actos de resistencia, de esperanza y de humanidad.

Que estos Relatos que Fluyen sigan su curso, se multipliquen y lleguen a nuevos lectores. Que sigan recordándonos que, como los ríos, las palabras y las luchas por la dignidad siempre encuentran un cauce.

Equipo INDH Los Ríos

MICROCUENTOS

Categoría niños, niñas y adolescentes



Primer lugar

El Ciclo

Empezó a caer la lluvia, no era cualquier lluvia. Era la primera después de la última. Había pasado tanto tiempo desde que el cielo lloró por última vez, que los campos se encontraban sin cosecha. Los bosques ahora eran desiertos y los ríos eran carreteras de polvo.

Las pocas personas que quedaban eran las que aprendieron a convivir con la naturaleza. Habían esperado décadas o centenarios; no quedaba vivo nadie que haya visto la última lluvia, solo quedaban rezos y conjuros para llamar al agua.

Con la bendición del agua llegó la vida a la tierra y los hombres que habían sido los últimos, fueron los primeros. Así comenzó la humanidad.

Ariki Dassori Munizaga, Agrupación cultural Vuelo Blanco, Valdivia.



Segundo lugar

Un día cualquiera en mi zona rural

Escribo desde la punta del cerro, para contar que mañana inicia mi año escolar. Acabo de despertar, porque unos pájaros llegaron a mi ventana a cantar y unos perros escuché ladrar, ¡estos vecinos que tengo, no me dejan descansar!

Al desayunar, un picaflor me vino a mirar, creo que una flor me quería quitar. Cuando mi leche debía tomar, pensé antes de almorzar a mi abuela iré a visitar. Con una liebre fui a tropezar, ¿será que la buena suerte me va a acompañar? Más tarde a los arrayanes les fui a contar que mañana a clases debía regresar. Así que temprano me fui a descansar para mis fuerzas recuperar, mientras la brisa de los coihues por la ventana quería entrar.

Qué loca la vida en mi zona rural, con la biodiversidad tengo que tratar, pero mañana en clases la voy a extrañar.

Antonia Bañares Navarrete, Colegio Santa Marta, Valdivia.



Tercer lugar

Alerce milenario

No se sabe con certeza hace cuanto tiempo don Alerce habitaba el bosque milenario, lo único de lo que se tiene certeza es que él lo sabía todo y lo veía todo. Desde tiempos remotos, las distintas generaciones de la familia puma pasaban sin falta a saludar al Alerce por las mañanas, y los señores del monte, unos monitos del monte muy carismáticos, disfrutaban pasar las noches en sus ramas. Don Alerce era feliz, hasta que, un día, don Puma, el más viejo de su manada, se acercó a despedirse, le contó que dejaban el bosque, debían proteger a los cachorros del hombre, que cada día estaba más cerca de la manada.

Don Alerce entendió y les deseó un buen viaje. Poco tiempo después todas las criaturas empezaron a dejar el bosque, dejando a don Alerce solo a la espera del hombre y a sus máquinas de muerte.

Amparo Morey Díaz, Colegio Aliwen, Valdivia.

Mención honrosa

Alerces en peligro

Hace 3000 años atrás, Camila, un alerce pequeñito, nació en La Unión; junto a sus padres y tíos vivían en el bosque. Un día, los padres de Camila llegaron diciendo que habían venido empresas extranjeras a quitarle sus terrenos y a cortar todos los alerces. Camila, desesperada, hizo una manifestación y reunió a todos los alerces del bosque para ir a la ciudad a manifestar esta inquietud, llevaron carteles y gritaban para que esto no sucediera, personas vieron esto y se unieron a la marcha, poniendo su mano en el corazón.

Fue tanto el revuelo que las empresas aparecieron para ver qué estaba pasando. Camila dijo: “todos tenemos derecho en estar en un medio ambiente sano, está en las leyes. ¿Pero de qué sirve un derecho si nadie lo defiende”? Las empresas tomaron conciencia y felicitaron a Camila por luchar por lo que amaba.

Catalina Carrasco Naguian, La Unión.

Seleccionados

Cuando el mar habló

En la pequeña caleta de Puerto Verde, los niños jugaban en la orilla, donde antes el agua era tan clara que podían ver los peces como si flotaran en el aire. Un día, llegaron manchas oscuras al mar y un olor extraño cubrió el viento.

Don Anselmo, el pescador más viejo, reunió a todos en la plaza y dijo:
—El mar nos habla, y hoy nos pide ayuda.

La comunidad decidió limpiar la playa y plantar algas para devolverle la vida. Mientras trabajaban, una niña dibujó en la arena un pez dorado y escribió: “Cuidar la tierra es cuidarnos a nosotros”.

Desde entonces, cada año celebran el Día del Mar Vivo, recordando que su derecho a un ambiente sano es también un deber compartido. El agua volvió a brillar, y con ella, las sonrisas.

Felipe Silva Flores, La Unión.

Seleccionados

El frío invierno

Había una vez una familia de pingüinos emperador que vivían en la Antártica chilena. El hielo era su hogar y les daba todo lo que necesitaban para vivir, pero un día notaron que misteriosamente su mundo de hielo se estaba derritiendo, ellos no sabían la causa, pero la verdad era por el calentamiento global. El hielo marino desaparecía, liberando contaminantes y alterando su ecosistema. Cada temporada les resultaba más difícil comer.

El krill, su principal fuente de alimento, escaseaba, y a ellos se les hacía difícil la alimentación de los adultos y el crecimiento de los polluelos. El derecho a vivir y alimentarse se les escapaba como el hielo que se derretía.

Un amanecer, el padre se aventuró a buscar comida. Caminó durante días, sin hallar nada más que agua salada. Nunca volvió.

La familia esperó, hambrienta, mirando el camino por donde se fue su papá. El hielo seguía derritiéndose y el mar se tragaba lo que alguna vez fue su hogar.

Constanza Milanca Peña, La Unión.

Seleccionados

Botella y semilla

Una botella de plástico flotaba sola en el mar. Había sido útil, pero ahora era solo basura. Las olas la empujaban sin rumbo, los peces la esquivaban, y el sol la desgastaba poco a poco.

Después de muchos días, llegó a una playa tranquila. Una niña la encontró entre algas y arena. En vez de tirarla, la recogió con curiosidad. La lavó, la pintó de colores, y decidió convertirla en algo nuevo.

Buscó tierra, puso una semilla dentro y la dejó junto a la ventana de su casa. Cada día la regaba y la observaba crecer. La botella, que antes no servía para nada, ahora sostenía vida. Pasaron semanas, y la planta floreció. La niña sonreía cada vez que la veía. La botella ya no era basura. Era hogar, era flor, era esperanza.

A veces, lo que parece inútil solo necesita una segunda oportunidad para florecer.

María Quijada Méndez, Valdivia.

Seleccionados

El río que dejó de cantar

Cuando era niño, mi abuelo me llevaba a pescar al río que cruzaba el pueblo. El agua era tan clara que podías ver las piedras como si fueran espejos. Hoy caminé por ese mismo lugar, pero no había peces ni piedras, solo un hilo marrón que olía a metal y tristeza. Un niño jugaba en la orilla, con un bote de plástico, lo miré y sentí una punzada. Él nunca conocerá el río que me enseñó a amar la vida.

Matías Miranda Jara, Valdivia

Seleccionados

Sentía la brisa en mi cara

Sentía la brisa en mi cara como si me estuviera contando un secreto. Las flores bailan con un vals de armonía. De repente una nube de humo y fuego se coló y un ruido extraño se escuchó como si los árboles a gritos me dijeran ¡Kellukellen! ¡Kellukellen! (Auxilio). Una alarma desesperante de pájaros pidiendo auxilio me despertó. Dejando olor a nostalgia, danzando en los recuerdos.

Vi por mi ventana un triste mundo gris, sin vida. Y recordé que cuidar el planeta es cómo cuidar nuestra vida.

Romina Montecinos Sandoval, La Unión.

Seleccionados

Hozan y sus alas de papel

Hozan tenía 10 años y vivía en una aldea kurda al norte de Siria. Aprendió a leer y a escribir poco antes de que las bombas despedazaran su escuela junto a su Mam Samir. Desde pequeño su padre le decía que cuando sea un hombre sería un peshmerga como él y lucharía por la libertad de su pueblo. A Hozan le gustaba mucho la palabra “Libertad” aunque no la entendía, la dibujaba en carbón por los árboles destruidos y secretamente escribía cómo sería su vida libre.

Un día, Hozan confeccionó una bonita paloma de papel, subió a la montaña más alta y ahí la lanzó esperando que el mensaje llegue a tierras libres y verdes, la respuesta volvió en forma de un ave de metal y resplandor.

Ahora, cuando sopla el viento se dice que se escuchan revoloteos de papel y en el cielo se vuelve a leer: “Libertad”.

Simón Godoy Gutiérrez, Valdivia.

Seleccionados

Huida

Un lobo demacrado corría para escapar de la maldad del hombre, el bosque al rojo vivo.

Sus patas heridas y dejando rastros de sangre por los golpes que le dieron, pero las ruedas de los camiones que lo acosaban eran más rápidos que él. Se detuvo al borde del acantilado... y no hubo más camino.

Isaac Molina, Colegio de Cultura y Difusión Artística, La Unión.

Seleccionados

Lote C un lugar sin fin

Todo empezó cuando un día mi hermano, mi perro y yo estábamos jugando en el monte. Sin darnos cuenta, fuimos subiendo y subiendo hasta llegar a una montaña gigante con ríos y muchos árboles.

Nos perdimos y escuchamos un gruñido, nos causó curiosidad y fuimos a revisar: era un puma atrapado en lo que parecía ser una red de pesca. Lo sacamos, el puma nos habló y nos dió las gracias, además conocía a mi perro y lo saludó, nos enseñó los ríos, el bosque y el daño que habían causado los humanos. Pasó el rato y de repente escuchamos un disparo. Fuimos a ver, era un hombre borracho, estaba muy enojado, nos vio y nos disparó a mi hermano, nuestro perro, el puma y yo. Al menos morimos en un bello lugar todos juntos y este será nuestro hogar para siempre.

Renato Brevis Castro, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

El susurro del bosque

El sol filtraba su luz entre las hojas, pintando el suelo de destellos dorados. Un colibrí bebía del néctar de una flor recién abierta, mientras una brisa suave traía consigo el aroma de la tierra húmeda. En ese instante, todo parecía latir al mismo ritmo que el bosque... hasta que el silencio se volvió demasiado profundo, y una voz desconocida susurró: “Todos tienen derecho a vivir libres... pero ¿quién decidirá quien merece esa libertad?”.

Matías Azócar Millapán, Colegio de Cultura y Difusión Artística, La Unión.

Seleccionados

La Golondrina aventurera

Una vez, una golondrina paseaba por el bosque, cuando sintió un olor muy asqueroso.

–¿De dónde viene este olor? – se preguntó, mientras volaba hacia el lugar de donde provenía el olor.

Cuando llegó vio que era un basural ilegal, y el río cercano no tenía pez alguno por la contaminación. Se le ocurrió una idea: una protesta. Se reunió con todos los pájaros y ellos aceptaron unirse a protestar. Un día después de la protesta unos niños llegaron a limpiar la basura. Desde ese día, en aquel bosque no hubo más contaminación.

Ambar D'Astuto Bravo, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

El bosque me cuenta, pero a ti no

El bosque me contó que una vez resaltaba su esplendor, hasta que llegaste tú, cruel cazador. Ahora solo me cuenta sobre su aproximada perdición, es tu culpa, avaricioso contaminador. Luego pensé ¿pero ¿qué podría hacer yo? Solo soy un zorro más, otra víctima de tu egoísmo y demás. Mi hábitat desaparece, mientras las quejas del bosque aumentan, y cuando te des cuenta, será muy tarde para ti y para mí. Solo espero que te des cuenta de tu gran error, antes de que el bosque me diga adiós, cuando tú ni sepas su dolor.

Maithe Arriagada Ortíz, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Erase en La Unión

Hace años, en La Unión, sus habitantes vivían junto al río Lollelhue. El agua corría limpia, los árboles daban sombra, el aire olía a flores y los niños disfrutaban de un gran roble. Todo cambió cuando llegaron fábricas que prometían trabajo y desarrollo, pero el humo cubrió el cielo, el río se oscureció y muchos enfermaron, una maestra recordó que todos tienen dos derechos inseparables: vivir en un medio ambiente sano y recibir educación.

Junto a vecinos y estudiantes, limpiaron el río, plantaron árboles y exigieron a las fábricas reducir la contaminación. Fue difícil, pero con el tiempo el cielo volvió a ser azul y el agua reflejaba las sonrisas de los niños, que regresaron al roble y el canto de las aves acompañaron sus juegos.

Los niños aprendieron a cuidar la naturaleza y defender su derecho a aprender, porque sin salud la educación no es posible.

Agustín Aguilar Uribe, La Unión.

Seleccionados

Florecer y Renacer

En un rincón olvidado de la ciudad, había un pequeño jardín que parecía pasar desapercibido. La gente, siempre tan ocupada, no se detenía a admirar sus vibrantes colores. Pero para Astrid, ese lugar era un verdadero tesoro. Cada tarde, después de la escuela, se dirigía allí para ayudar a las flores a crecer, recoger la basura que otros dejaban atrás y cuidar de los árboles. El aire siempre era fresco, y el suave susurro de las hojas le brindaba una paz inmensa.

Un día, al regresar, se encontró con una sorpresa: más personas estaban allí. Niños, adultos e incluso ancianos. Todos querían contribuir, ya fuera plantando una semilla o simplemente disfrutando de la sombra de los árboles. El jardín, que antes era solo de Astrid, se había transformado en un símbolo de esperanza. Astrid sonrió, sabiendo que, aunque a veces el mundo parecía olvidar la importancia del medioambiente, aún había quienes se preocupaban por él.

Y así, el jardín floreció.

Beatriz Leiva Fiegelist, Colegio Aliwen, Valdivia.

Seleccionados

Desde la Raíz

Un día los ríos se secaron y los árboles se marchitaron. El planeta estaba sufriendo, las personas habían abusado tanto de los recursos que ya no quedaban. Desesperados, los humanos buscaron soluciones, sin embargo, no sabían qué hacer sin los materiales de la naturaleza.

Dicen que hubo alguien que descubrió una cura, una solución para todos los males, que estaba en una raíz escondida. Pero una noche de neblina llegaron a buscarla con máquinas de guerra, pisando todas las raíces y matando todo a su alrededor.

Al no saber que explotar, se explotaron a ellos mismos

Ariki Dassori Munizaga, Agrupación cultural Vuelo Blanco, Valdivia.

Seleccionados

Los árboles

Un día, los árboles que estaban en el bosque se hicieron una pregunta
¿Por qué los humanos nos hacen tanto daño si supuestamente somos
esenciales para ellos?

Quien respondió fue el sonido de una motosierra.

Fueron talados.

Joaquín Araya John, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Pulso verde

La tierra guarda un latido enterrado bajo capas de polvo y de olvidos, un eco de hojas que ya no existen y un agua que sueña con volver a ser río. Camino sobre la herida lenta del bosque y dejo caer semillas como quien suelta pájaros, sin pedirles regreso. A veces, la brisa respira distinto, y en ese instante sé que algo diminuto aún insiste en vivir.

Martina Palma Cárdenas, Colegio de Cultura y difusión artística,
La Unión.

Seleccionados

Contra las máquinas

En un bosque el Ngen-Mawida escucha el grito de un árbol. El árbol estaba siendo cortado por humanos. Ngen-Mawida angustiada al ver a su amigo ser lastimado habló con los humanos, pero ellos no escuchaban. No comprendían que al destruir un bosque sus consecuencias afectarían a todos. Aún así seguían repitiendo tener el permiso de la autoridad. Ngen-Mawida se enfadó y tomó una drástica decisión. Los Ngen-Mawidas son amables y territoriales, protegen a todo ser vivo y por eso se enojó y decidió luchar contra las máquinas.

Amapola Maldonado Frez, Valdivia.

Seleccionados

Ilusión de sirena

En las costas de Niebla, personas rodean a una sirena que suele posarse en las rocas. Se le acercan con esperanza de vivir la ilusión irreal que su canto angelical plasmaba en sus mentes.

Las semanas pasaron y la sirena desaparecía a más y más gente. Meses después, la roca donde ella se posaba cada vez se volvía más visible, el nivel del mar era más bajo cada vez y la característica flora que rodeaba la playa ya no era visible por ninguna parte.

Cada vez era menos la cantidad de personas que hostigaban a la sirena, pero ellos anhelaban con desesperación ser absorbidos con su canto... para poder ver una playa llena de color y no hecha un basural, por última vez.

Katherinne Henríquez Jaramillo, Valdivia.

Seleccionados

La abeja

Salió de su panal como todos los días. Cada vez menos árboles en el bosque. Después de recolectar el polen de las flores silvestres, y al volver, ver a sus amigos morir producto de los fumigadores, se preguntó: ¿Por qué tengo que trabajar para salvar a estos monstruos?

Matías Miranda Gatica, La Unión.

Seleccionados

Luna, una niña enfocada en la naturaleza

Había una vez una niña que se llamaba Luna, la cual tenía autismo. Luna estaba interesada en la naturaleza; siempre hablaba con los pájaros y otros animales. Vivía cerca de un bosque.

Luna siempre defendía a los animales cuando alguien trataba de pegarle a alguno. Luego de un tiempo, en la comuna donde vivía Luna, los niños y niñas contaminaban mucho, es decir, tiraban basura en todas partes. Entonces, Luna decía: “¡No tiren basura o si no se va a contaminar la comuna!”.

Unos días después, la comuna estaba tan sucia que los niños se dieron cuenta de que tirar basura no era bueno y ayudaron a limpiar. Desde entonces, siempre escucharon a Luna y cuidaron la naturaleza.

Shira Pereira , Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Como el viento cambio

Cuando era niño, salía a caminar con mi abuelita por el campo. A unos 200 metros de la casa, un cerro verde nos daba sombra y aire fresco. Allí cantaban aves y para pasar a la pampa pasaba un río donde corría agua clara.

Un verano llegó una forestal con máquinas y personal a plantar pinos y eucaliptos en fila, como soldados. Al principio no le dimos importancia hasta que el río bajó, las aves se callaron. Mi abuelita me dijo: “La contaminación no solo está en lo que tiran, hijo... también está en lo que plantan y a la vez nos quitan sin pregunta”.

Matías Morales Naipan, Paillaco.

Seleccionados

El último árbol

En un desierto de concreto, plantó un coihue. Lo cuidó con amor, y creció fuerte. Ahora espera, con esperanza, a que alguien más lo cuide.

Nathaniel Barría Vega, La Unión.

Seleccionados

José y el humedal Angachilla

En las orillas del humedal Angachilla vivía un niño llamado José, a quien le gustaba jugar en sus alrededores. Un día notó que unos hombres desechaban residuos tóxicos en el humedal, y se dio cuenta de que algunos cuerpos de animales muertos salieron a flote.

José sintió una gran tristeza porque él quería tanto al humedal como a un hermano, por ello salió corriendo a su casa y le contó lo sucedido a sus padres, quienes entendieron la preocupación de su hijo. Por eso realizaron protestas e informaron al gobierno que debían proteger el humedal. Unas semanas después, el gobierno creó un decreto que decía: “Toda persona que contamine el humedal será sancionada con una multa perpetua”.

Desde ese momento, José no sintió preocupación y jugaba con los animales del humedal todos los días, y las personas tomaron conciencia ambiental, disfrutando de un lugar limpio y armonioso.

Carlos Parra García, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

La Loica y la basura

Jenny era una Loica que tenía tres hijos: Zoe, Clara y Bruno. Una noche, mientras acostaba a sus polluelos en el nido, escuchó un camión retroceder.

– Humanos – masculló la Loica.

Se asomó por el hueco del árbol (donde estaba su nido) Era un camión botando basura al pasto.

– ¡Deténganse! ¡Los animales y plantas merecemos un lugar limpio como todo el mundo! – Gritó la Loica.

Los humanos quedaron boquiabiertos al ver tal pájaro parlante.

– ¡Ya nos vamos! – Gritaron.

– ¡Llévense su basura! – dijo el ave.

Cuando volvió a su nido, sus polluelos estaban dormidos. Jenny les sonrió alegremente por estar en un bosque limpio y nadie les echó la basura nunca más.

Celeste D'Astuto Bravo, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Hoja de verano

En el lejano campo de don Albertino vivía un roble milenario, el cual tenía un centenar de hijas de hermosos colores verdes. Todas vivían en sus ramas, esperando el momento de su madurez para acompañar a la tierra una vez llegara el otoño. Pecíolo era la menor de sus hermanas, y la más emocionada por la llegada del otoño. Fue tal su emoción cuando notó que se empezaba a marchitar que volteo para ver a sus hermanas, sentía curiosidad de si ella era la primera en madurar. Lo que no esperaba al voltear, era ver a sus hermanas y a su padre, el viejo roble, consumidos por las llamas de un incendio provocado por unos muchachos que pasaban por ahí.

Amparo Morey Díaz, Colegio Aliwen, Valdivia.

Seleccionados

Tobías y el parque

Tobías, un perro muy alegre y curioso, adoraba sus paseos por el parque. Corría entre los árboles y movía su colita sin parar durante todo el paseo. Pero, últimamente, la alegría se le apagaba con rapidez. Mientras jugaba entre la hierba encontraba plásticos, latas e incluso trozos de vidrio que se clavaban en sus pequeñas patitas, logrando que volviera a casa cojeando y con la mirada triste, sin entender por qué su lugar favorito le hacía daño.

Nina Angulo, Colegio de Cultura y Difusión Artística, La Unión.

Seleccionados

El último árbol

En un pueblo de Lluvia Clara, el aire se volvió espeso y gris. Los niños ya no jugaban al aire libre, y el agua tenía sabor a óxido.

Un día, Alma encontró un pequeño retoño creciendo entre las grietas del cemento. Lo cuidó en secreto, regándolo con la poca agua limpia que guardaba para sí misma.

Cuando el árbol floreció, los vecinos recordaron algo olvidado: respirar aire puro era un derecho, y aprender a protegerlo, también. Así nació la escuela del árbol, donde todo niño tiene derecho a estudiar y plantar.

Anais Duhalde Silva, La Unión.

Seleccionados

El árbol

Un pájaro carpintero picaba un árbol con total tranquilidad, dos niños asombrados por su especialidad. De un momento a otro, el árbol estaba en el suelo. ¿No era un pájaro carpintero?

Emely Delgado Inostroza, Colegio de Cultura y Difusión Artística,
La Unión

Seleccionados

La biolucha

Kelseir era un chico de 25 años, rubio, de ojos cafés y alto, tenía un hermano llamado Marsh que era idéntico, ambos vivían en Valdivia del 3078 una ciudad contaminada y llena de fábricas.

Kelseir y Marsh eran biorebeldes que destruían fábricas y desestabilizaban compañías, pero todo se arreglaba altiro. Todo era gris y depresivo, la gente moría en la calle por la contaminación, el agua contaminada y la comida tóxica. Kelseir tenía a una esposa llamada Mare, que murió en una pelea con la guardia de la fábrica, ellos siempre soñaron con un país verde y limpio donde la gente pueda vivir sin miedo de andar por la calle y morir intoxicado. Era el sueño de los tres, pero Mare murió y ambos perdieron la esperanza de un mundo verde y libre, pero algún día lo verían los 2 chicos junto al fantasma de Mare.

Mateo Riquelme Gómez, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Sueño de libertad

En un campo de concentración, un preso encontró una semilla y decidió plantarla en secreto. La semilla creció así dándole al preso el deseo de libertad y la esperanza de algún día poder salir del campo de concentración.

Valentina Ll., Colegio de Cultura y Difusión Artística, La Unión.

Seleccionados

Todos necesitamos un lugar digno

Una familia humilde luchaba por sobrevivir en un barrio donde había mucha contaminación, el agua sucia y gases tóxicos que salían desde las alcantarillas. Clara, la madre, estaba preocupada por la salud de sus hijos así que decidió hacer algo al respecto.

Un día Clara descubrió que todos tenían derecho a vivir en un ambiente sano sin contaminación. Al saber esto Clara empezó a hablar con el resto de los vecinos para poder encontrar soluciones juntos.

Empezaron a plantar árboles, hacer maceteros, limpiar las calles e hicieron cartas para que las autoridades tomen las medidas necesarias.

Después de un tiempo el barrio comenzó a cambiar, el agua por fin se volvió potable y los niños ahora sí podían jugar en el área verde, donde Clara y todos sus vecinos pudieron vivir en un entorno saludable y digno.

Joan Ojeda Castillo, La Unión.

Seleccionados

Un puff, dos puffs

Tocopilla. Daniel despierta y su madre le da su inhalador, un puff, dos puffs. Su abuelo tose sangre en la habitación contigua, hace dos semanas le diagnosticaron cáncer pulmonar. Daniel se lava los dientes y nuevamente un puff, dos puffs, con su pecho silbando. Dibujó en su cuaderno a su familia bajo un sol color gris, así se veía desde su casa, todo el cielo cubierto por un manto de humo. Una tos dolorosa emerge de su garganta, sangre en su mano. Un puff, dos puffs.

Catalina Parada González, Colegio Aliwen, Valdivia.

Seleccionados

Una guerra sin ganador

Extiende mi cuerpo y desprende mi alma, deja que la tierra me arrastre, ya que en aquella que es robada, ni el ganador gana.
Extiende el tuyo, deja que tus dedos, delgados como ramas, cortos como balas, sostengan el peso del arma.

–¡Muerte al inocente! – apunta al ciervo primero con la mirada, deja que tus botas marchen sobre la tierra en la que pronto seré enterrada. Respira el humo, pequeño niño, que aquellos que defienden lo nuestro, te dejarán perdido, tal como aquel que permanece puro como un ciervo poco precavido. O permanece tendido, que, de igual manera, lo nuestro permanecerá hundido.

Floris Palma, La Unión.

Seleccionados

El señor basura

Había una vez, un pueblo libre de contaminación. No había ni un granito de suciedad, pero un día llegó un señor llamado Basura. Todos le dieron la bienvenida al pueblo, el señor Basura estaba contento. Cuando vio su casa no le gustó, estaba muy limpia, entonces decidió que todo el pueblo debería estar así, pero luego pensó que podría ser todo el mundo.

Al otro día todos salieron de sus casas, y al ver lo que había sucedido, transformaron al señor Basura en una bolsa, para echar toda la basura que él había tirado. El señor Basura entendió que lo que había hecho estaba mal, y desde ese día empezó a recoger la basura de todo el mundo, y también aprendió a reciclarla, y se hizo una casa llamada Basurero, y así pasó toda su vida remediando el desastre que dejó.

Josefa Huenulef Almazabal, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Medioambiente Lago Ranco

El río solía ser azul, reflejando un cielo que ya no recordaban. Ahora el agua era gris espeso con la basura de la ciudad y los desechos de las fábricas. Las orillas, antes cubiertas de hierba, ahora eran un humedal negro, salpicando de plásticos y metales oxidados. Los peces que quedaban nadaban enfermos, entre botellas vacías y bolsas plásticas que flotaban como fantasmas de un mundo perdido. Los niños y niñas ya no jugaban en sus orillas, temiendo las enfermedades que acechaban en el agua contaminada. Un silencio aterrador reinaba donde antes se escuchaba el canto de los pájaros, ahora ahogado por el ruido de las máquinas y el olor asqueroso de la basura. El río, antes fuente de vida era ahora un símbolo de la destrucción, un recordatorio constante de lo que se había perdido.

Antonia Carrasco Leal, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Derecho verde

Había una vez un grupo de árboles amigos que pasaban por un frío invierno, en el cual se iban congelando poco a poco. Mientras esperaban la ayuda de algún humano que pasara por ahí, pensaron: “Los humanos lucharon por sus derechos, seguro que ellos nos ayudarán”. Lo que los árboles no sabían, es que los humanos solo se acercarán para burlarse de ellos: “Miren, estos árboles se están congelando, podríamos talarlos para venderlos en la ciudad. ¡Están tan tiesos como unas estatuas de hielo!” dijo uno de los humanos, mientras talaban a los pobres árboles.

Un pequeño árbol gritó: “¡Nosotros también tenemos derecho a vivir!”

María José Muñoz Suárez, Colegio de Cultura y Difusión Artística,
La Unión.

Seleccionados

Lucía y su causa

Lucía siempre jugaba cerca del río. El agua era clara y fresca y los peces nadaban tranquilos. Pero un día las fábricas empezaron a tirar basura al río y se volvió oscuro y sucio. Los peces murieron y la gente del pueblo se empezó a enfermar. Lucía, aunque tenía solo doce años, habló con sus vecinos, juntos hicieron carteles, protestaron y plantaron árboles. Después de un tiempo, las fábricas se detuvieron y el río volvió a estar limpio. Lucía estaba muy feliz porque sabía que proteger el río era proteger la vida de otros.

Francisco Solís Fontealba, Colegio de Cultura y Difusión Artística,
La Unión

Seleccionados

Y mientras los misiles

Y mientras los misiles caían sobre los escombros de mi hogar, el de mis vecinos y familia, recordé sus palabras: “esto es la consecuencia de sus acciones”. Yo no conocía aquellas personas de las cuales hablaban y me pregunté ¿qué pudieron haber hecho esos niños, a los cuales les dispararon hasta que cayeron al suelo bajo el nombre de una justicia con razonamiento incorrecto?

¿Cuál era el punto a seguir, cuando todas las personas que conozco cayeron bajo los escombros de los hogares en los que pasaron cada día de sus vidas? ¿Los que se esforzaron tanto para construir? Nuestros estómagos vacíos y rugiendo con un hambre tan inmensa que era inmovilizante, dejándonos vulnerables a aquellos que nos cazaban como animales.

Nuestros olivos, símbolos de nuestra identidad, talados y quemados en un intento de borrar nuestra existencia en un mundo que se mantuvo en silencio.

Constanza Ithal Pineda, Colegio de Cultura y Difusión Artística, La Unión.

Seleccionados

100 años en Morrompulli

Cien años aquí y ya me estoy convirtiendo en un desecho más,
requerido por unos olvidado por todos, pronto seré un gas para fluir
por el aire, río o humedal.

Sebastián Venegas Ricci, Colegio de Cultura y Difusión Artística,
La Unión.

Seleccionados

Guiselle

Había una niña llamada Guiselle. Siempre la castigaban mucho porque era muy contestona. Un día ella estaba explorando la zona en la que vivía ya que era boscosa. Caminando encontró una laguna hermosa con pequeños pececitos, este lugar le daba paz y tranquilidad. En el verano la castigaron sin salir y sin celular ya que no hacía caso. Emn esa época la llegada de turistas era muy natural ya que era una zona bonita y cuando se acabaron los días de castigo de Guiselle fue a la laguna, pero, para su sorpresa, cuando llegó había turistas por doquier, la laguna llena de basura, los peces habían muerto, latas de cerveza, carpas de acampar. La hermosura de ese lugar ya no estaba, todo por culpa de los turistas irresponsables, por eso es importante cuidar el medio ambiente para no estropear lugares bellos.

Danitza Frías Soto, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

La ignorada

Una planta en un estante era ignorada todos los días, nunca la regaban y ella solo esperaba. También pensaba, hacía mucho eso, ya que eran solo ella y sus pensamientos: “si yo siendo tan pequeña y no me cuidan, no me imagino a las que son más grandes que yo”.

Miró hacia afuera, los árboles siendo talados y el aire intoxicado no le daban ninguna esperanza, se daba cuenta de que el mundo allá afuera, era peor que en su pequeño mundo.

Francisca Delgado Pfeifer, Valdivia.

Seleccionados

Un desastre intencional

Las abejas murieron, tal vez por la poca protección que recibieron, como quizá por la destrucción de su hábitat. Luego de ellas les siguieron las plantas, las frutas y las verduras. El pasto se volvió café y quebradizo, los ecosistemas se descompusieron lentamente. Y tras aquella sinfonía de destrucción y mortandad, la condena divina reinó sobre los hombres, quienes ardieron y enflaquecieron de hambre, como forma de pagar por sus pecados.

Yanderie Sánchez Elgueta, La Unión.

Seleccionados

El Pillán

Había una vez un boxeador que peleaba contra las forestales, el boxeador siempre perdía contra las forestales, tanto peleó que se terminó convirtiendo en un espíritu de la protección del bosque. Al completar su misión de detener la forestal se volvió parte del bosque, el espíritu era el Pillán.

Alon Rumillanca Urra, Colegio Aliwen, Valdivia.

Seleccionados

El Lote C

Una vez me tuve que levantar a las 5:00 AM para poder llegar mínimo a las 11:30 al lote C. Subí con mi primo en moto, tuvimos que cruzar 3 ríos, después llegamos a una cascada pequeña.

Con mi primo, en vez de quedarnos ahí, donde llegaron mis demás familiares, decidimos seguir subiendo para no perder tiempo en conversaciones ni haciendo cualquier otro tipo de cosas. Seguimos y seguimos subiendo, cada vez se iba atardeciendo, pero nosotros queríamos seguir. Llegamos a un punto donde daba miedo, pero habíamos llegado hasta ese lugar porque queríamos saber que había más arriba. Llegamos al lote C y teníamos la esperanza de encontrar algo bonito, algo que valiera la pena llegar hasta ese sitio, pero no, la alegría que teníamos de ver algo sorprendente se fue, había mucha contaminación y no daban ganas de estar ahí.

Joaquín Delgado Almazabal, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

La naturaleza

Amada naturaleza, desde el principio estuviste presente, desde el inicio y desde el final y en tus hojas nos acogiste de manera que los seres vivos pudiesen existir, pero el hombre administra de mala manera los recursos que tienes, haciendo que te enfermes y tus hojas se caigan. Pero todo nos es malo, tus recursos pueden ser aprovechados de buena manera por el hombre, si fuéramos más conscientes de lo importante que eres, sabríamos aprovecharte mejor.

Bruno Provoste Torres, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Tres orillas

Ha-eun, la niña pelirroja que olía a bosque, vio a sus amigas: No-eul, de piel gris, y Sora, la niña río de cabello celeste.

No deberías de estar así –dijo–, todas tenemos derecho a estar limpias y llenas de vida.

–El aire me pesa– susurró No-eul.

–Mis aguas duelen– murmuró Sora.

Ha-eun tomó sus manos. El viento olía a lluvia nueva y el agua brilló un instante. Las tres rieron como si el mundo fuera puro otra vez... y quizá lo fue.

Tamara Aguilar San Martín, Colegio de Cultura y Difusión Artística,
La Unión.

Seleccionados

Cuida el medio ambiente

Había una niña llamada Sofía de 10 años que vivía en un pueblo con mucha naturaleza, su madre siempre le enseñó a cuidar el medio ambiente y quería hacer algo para protegerlo. Un día salió con su abuela y vio mucha basura en el suelo, sintió un poco de enojo y preocupación por lo que le preguntó a su Abu ¿por qué la gente no cuida nuestro pueblo?

Su Abu le dijo que la gente no tenía conciencia del daño que hacían, pero podían hacer algo, fue ahí cuando Sofí comenzó a recoger basura y dejarla en el tacho de basura cada vez que salía, con el tiempo sus amigos comenzaron a hacer lo mismo que Sofía, la cual se sentía muy orgullosa de haber iniciado una acción que mejoraba su vida y la de los demás.

¡El cuidado lo hacemos todos!

Sofía Álvarez Alvarado, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Voces Unidas

-¿Qué te pasa humedal? – dice la niña– ¿te pasa algo?

–Me pone de mal humor ver que mis amigos están en tan mal estado.

La niña se pone a pensar: ¿qué puedo hacer? En un momento, se conectó con la naturaleza. Las voces del mundo se unían con las fuerzas de la naturaleza mientras talaban los árboles.

La niña dijo: ellos no saben apreciar la naturaleza.

Los que estaban talando los árboles dejaron de talarlos y la naturaleza estuvo en paz.

Nayzeth Vega Uribe, Escuela España, Valdivia.

Seleccionados

Un árbol longevo

Un árbol longevo a la orilla del río observaba atentamente la corriente, cuando una pequeña gaviota se posó en su copa.

-¿Qué pasa, pequeña gaviota? – preguntó el árbol.

-No es nada, don árbol, estoy cansada por el humo que desprenden las casas. No puedo respirar- susurró con tristeza.

El árbol suspiró, y una hoja cayó lentamente al agua.

-Hace muchos años, el cielo era claro como el cristal del río. Las aves cantaban sin toser y los niños jugaban entre flores.

-¿Y ahora?

-Ahora los ríos están dañados y el aire pesa, pero aun puede que haya esperanza- dijo, extendió sus ramas al sol-si los humanos aprendieran a proteger su alrededor y apreciar todo aquello que no ven, todo podría cambiar. Pero para eso, mi pequeña gaviota, falta tiempo.

La gaviota lo miró, asintió y alzó el vuelo. Desde entonces, el árbol y la gaviota se volvieron buenos amigos, anhelando una vida limpia y sana.

Francisca Delgado Pfeifer, Valdivia.

Seleccionados

Cuidando el medioambiente

Hace un tiempo en una pequeña casa en el campo vivía una pareja de jóvenes, sus nombres eran Nicol y Francisco. Ellos cuidaban el medio ambiente juntos con dos amigos: Miguel y Karla.

Un día decidieron ir a la ciudad, viajaron en bus hacia Santiago, fue un viaje largo como de 10 horas y cuando llegaron vieron que en todos lados había basura tirada; como eso no les gustó se propusieron limpiar las calles ellos mismos, cada vez que salían a limpiar más gente se unía, llevaban bolsas de basura, guantes y mascarillas, llevaban de todo para poder limpiar. Esto llegó a las noticias y Nicol y Francisco estaban tan contentos de lo que habían logrado que decidieron quedarse en la ciudad.

Lucía Salinas Villagrán, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

El niño de los derechos

Había una vez un niño llamado John, que amaba la naturaleza y quería ser un buen guarda bosques, pero tenía un problema: era pobre y como no tenía recursos no podía estudiar, porque no lo aceptaban en ningún colegio. A él no le importó, siguió intentando, hasta que un día, cuando estaba por rendirse, se le ocurrió una idea “¿y si trabajo y me compro un libro”.

Trabajó duro hasta que logró comprar un libro de derechos humanos, que también hablaba sobre la naturaleza. El día que se aprendió bien los derechos del niño, pudo entrar a un colegio y estudió y se convirtió en jefe de Conaf y trabajó muy duro para que en su pueblo no le hicieran más daño a la naturaleza.

Geovani Quinillao Carrillo, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Perlita la patita

Nacida bajo la sombra de un sauce, Perlita era una patita de plumaje blanco y esponjoso. Desde pequeña, su mayor anhelo era volar más alto que sus hermanos. Mientras los demás se conformaban con chapotear en la laguna, Perlita pasaba horas observando a las grullas deslizarse por el cielo azul.

Un día, el invierno se anunció con un frío cortante y las aves comenzaron su gran migración. La familia de Perlita se preparó para un viaje corto, pero ella quería ir más allá. Con valentía, batió sus alas con todas sus fuerzas. Al principio, su vuelo fue torpe y bajo, pero con cada aleteo, ganaba confianza y altura. Se elevó por encima de la laguna, sobrevoló los árboles más altos y sintió la emoción del viento en su plumaje. Había descubierto que el verdadero viaje no era la distancia, sino la libertad de atreverse a soñar.

Tahyra Muñoz Sánchez, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Humo

Y las chimeneas humeaban con el olor a leña, como un gran cigarro dejaba todo con olor a nicotina. El cigarro daña el cuerpo humano al igual que el humo de la leña daña el ambiente de La Unión. Ambas cosas no nos permiten un aire puro, La Unión es el pulmón de los locales y si este no funciona bien, nuestra calidad de vida tampoco está bien.

Jaime Azócar Catalán, La Unión.

Seleccionados

La Laguna

Había una vez un viejo enojón al que le gustaba pescar, pero las veces que lo hacía, siempre terminaba botando basura. Una noche, él se fue a pescar a una laguna y, como de costumbre, empezó a botar basura en el agua. Tiempo después empezó a temblar el bote, fue tanto que se dio vuelta. El pescador no sabía qué hacer, intentó nadar, pero algo lo detenía. De pronto una luz fosforescente surgió desde el fondo. Una criatura similar a un caballo dijo: “¡No sigas contaminando más lugares!, te he estado vigilando por mucho tiempo. Si sigues así la próxima vez que te vea, te ahogaré en las profundidades del mar”.

Después de eso, el pescador no volvió a tirar más basura y el medioambiente mejoró.

Isabel Arce Vieytes, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Solitario

El pequeño huemul veía como su madre corría por la carretera después de tener que buscar un nuevo hogar.

El pequeño huemul veía a su madre muerta, el camión había destrozado su frágil cuerpo, dejándolo solo e inseguro ante el mundo que lo rodeaba.

Alonso Salas Castro, La Unión.

Seleccionados

El pequeño ficus

En un pueblo muy lejano llamado Carpinterino vivía una familia de carpinteros muy amables. En esa familia habitaba el pequeño ficus, que amaba el medio ambiente y era curioso, quería saber todo, incluso se preguntaba porque los bichos no tienen huesos.

Un día, cuando ficus se dirigía al colegio, vio un camino muy oscuro y quiso investigar de qué se trataba. Después de clases salió con sus amigos, Candi, Leo y Mina. Cuando iban de camino se encontraron con mucha basura y al llegar al destino encontraron un río que estaba muy sucio, en vez de agua cristalina encontraron agua turbia, al ver esto ficus, decidido, empezó a limpiar.

Al ver el buen acto que estaba haciendo, sus amigos lo empezaron a ayudar. Después de horas de trabajo el paisaje era hermoso, ficus al ver esa maravilla decidió cuidarla.

Agustina Huenulef Almazabal, Escuela rural Curriñe, Futrono.

Seleccionados

Otoño

Llegó el otoño, y con eso las hojas empezaron a caer, cayeron y cayeron hasta que finalmente cayó la última, la última hoja, del último árbol, del último bosque, que quedaba en el mundo.

Sebastian Ewert Alfaro, Valdivia

Seleccionados

Cuida el medio ambiente

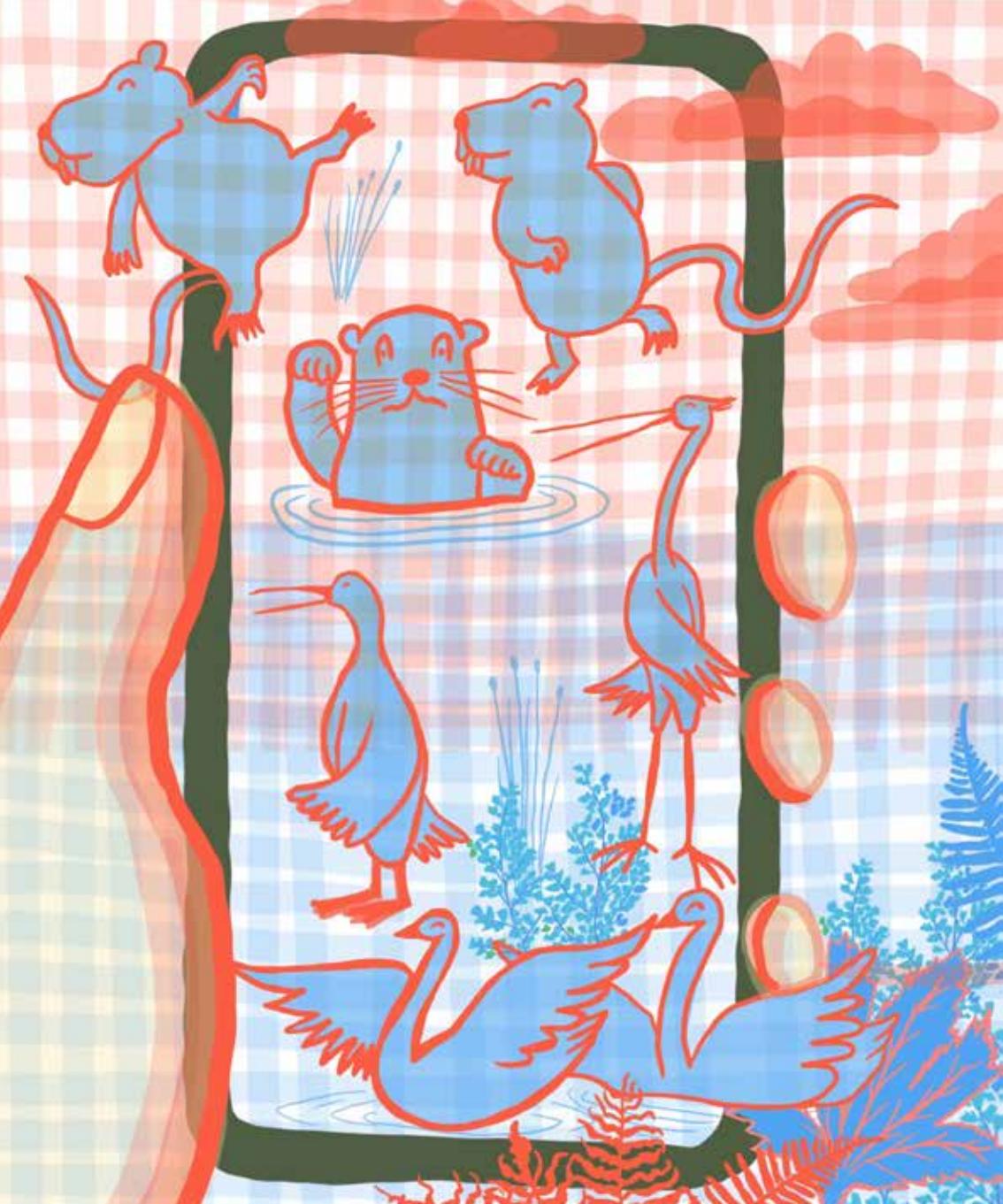
Un día, Antonio estaba jugando en el parque y vio a unas personas que estaban botando basura en el césped, y cerca había un río. Entonces, estaban botando basura en el parque y en el río.

Antonio les dijo que no botaran basura porque contaminaban, y también les pidió que recogieran lo que habían botado. Además, les explicó que, si botaban basura, habría menos animales en el planeta Tierra. Por eso, les dijo que estaba bien no botar basura ni contaminar, porque todos quieren vivir en un mundo completamente sano.

Ignacia Trinidad Vera Bustos, Escuela España, Valdivia.

MICROCUENTOS

Categoría personas mayores de 60 años



Primer lugar

Tiktokeando humedales

Estábamos muy entusiasmados viendo el Live de TikTok, en cuyos recuadros diminutos se podían percibir avatares de especies acuáticas. Garzas y Cormoranes hablaban hasta por los codos, mientras, de forma más sutil, aparecía la figura del Coipo y el Huillín. La temática virtual era la sobrevivencia en los humedales de Angachilla.

La rana de pecho espinoso procedía a leer una investigación acerca de la disminución del nivel del agua y la escasez hídrica en los últimos años. Fue entonces cuando, de forma precipitada, la Tagua expuso su discurso con un ahínco nunca visto. – *¡Los humanos están destruyendo nuestros ecosistemas con sus ambiciones inmobiliarias!* Un silencio sepulcral invadió el panel.

Totoras y Juncos, los anfitriones, trataban infructuosamente de calmar a las especies. En ese momento, el Luchecillo gritó: - *¡Un Tsunami llegó a nuestras costas!* Las grandes olas perturbaron los tendidos eléctricos cercanas al humedal y el Live llegó a un final precipitado.

Jaime Lepe Órdenes, Valdivia.



Segundo lugar

Soledad

Mientras la noche se apagaba, cuando el viento cortaba como un cuchillo y la lluvia caía con fuerza, Paulo se aventuró a sentarse en un banco junto al río Calle Calle, pensando en los campos verdes rodeados de araucarias de Lonquimay que había dejado atrás en tiempos duros de la dictadura. Recordó a su madre cuando lo vio irse. A lo lejos sonó una campana marcando la medianoche. Llevaba una linterna en su mano temblorosa. Murmuró al río: “si alguien se acordara que yo existo...”, pero el agua del río no respondió. Pasaron los días, los años, el banco y las calles seguían vacías. Las aguas del río siempre están muy heladas en un crudo invierno. La ciudad tampoco se dio cuenta de la ausencia de Paulo y el río siguió imperturbable en dirección del Océano llevándose su último suspiro sin que nadie se diera cuenta.

Ramón Vergara Gallegos, Valdivia.



Tercer lugar

Memorias del Caunahue

Era muy niño y vivíamos cerca del río Caunahue, en un rincón campesino donde la infancia se entrelazaba con la tierra, los animales y la esperanza. Para llegar a la escuela, cruzábamos a caballo un puente hacia Cerrillos. A un costado, un asentamiento popular sobrevivía vendiendo alimentos al detalle. Era una época de escasez, de dignidad a pulso.

Una mañana, al cruzar, vi hombres armados. Sentí miedo, un miedo que caló hondo. Lloré. Creí que sus fusiles apuntarían a mis padres. Mi madre, firme y temblorosa, protestaba con valentía. Yo no entendía entonces, pero algo se quebró en mí: la inocencia y la sensación de estar a salvo.

Con los años comprendí que aquel río también fue testigo de injusticias, pero a su vez ha sobrevivido caudaloso y colorido.

José Luis Silva Varela, Río Bueno.

Seleccionados

El Secreto del Guardián Verde

La niebla abrazaba la ruka¹ antigua de Lautaro en Los Ríos. Junto a él, Rayún, su loro chileno, susurraba: “¡Arriba, Lautarito!”. Rayún no solo imitaba; comprendía todos los ecos del bosque, secreto que Lautaro guardaba. Camino a la escuela, entre lahuén², Rayún se agitó. “¡Ngürü!”³, pero Lautaro lo silenció. Sabía que el ave guardaba los misterios del bosque.

En el recreo, un grito rompió la calma: Josefina lloraba por las gallinas asustadas. Rayún voló hacia la profesora Sofía. De un grito alertó: “¡Ngürü! Lautaro corriendo fue a cubrir un agujero del gallinero.

Todos miraron asombrados. Sofía sonrió: Rayún era el guardián verde. Había salvado las gallinas.

De vuelta, Lautaro comprendió. El secreto era la voz de la naturaleza pidiendo ser escuchada. Su abuela musitó⁴: “Tu mamá volverá cuando el foye⁵ florezca”, Lautaro sabía en su interior, que recién comenzaba a descifrar los misterios de la tierra.

Julio Villalobos Vásquez, La Unión.

¹ casa, ² alerce, ³ zorro, ⁴ susurro, ⁵ canelo

Seleccionados

¿Qué pasó aquí abuelito?

“¿Abuelito, qué pasó aquí, qué pasó aquí abuelito?”, pregunta casi tartamudeando de la terrible emoción que siente. Fuertes latidos en su corazón le acompañan, mientras le corre por la frente un copioso sudor por el abrasador sol. “¡Abuelo, si hace tres años, cuando vinimos la última vez, estaba lleno de árboles nativos, copihues y pájaros que nos trinaban contentos, mientras volaban felices sobre nuestras cabezas y los peces saltaban del riachuelo para saludarnos! Mira, mira... ¡ahora está todo muerto! Apenas corre un hilo de agua. ¡Explícame lo por favor!”.

El abuelo no sabe qué contestarle, por lo terrible que se avecina, esto es: ¡El fin del mundo por el calentamiento global de la tierra! Por último, le dice la verdad, mientras el niño llora desconsoladamente. Pero, sorpresivamente se levanta, y grita: “¡Homo sapiens, todavía podemos hacer algo!”.

Eloy, Valdivia.

Seleccionados

Recuerdos

Recuerdo con cariño lo hermoso que era el lugar donde viví mi niñez. Había árboles frondosos, animales de distintas especies y un río tan limpio que se podía beber directamente de sus aguas. Todo era paz. No existía la delincuencia, ni el miedo de salir a la calle. Las personas realizaban sus labores con tranquilidad, en armonía con la naturaleza.

Pero todo cambió. La inseguridad, la indiferencia y, sobre todo, la contaminación que comenzó a alterar el equilibrio de la vida. No solo la humana ha sido afectada, también la de los animales, los ríos, los bosques y los suelos, perdiendo respeto por la tierra que nos sostiene.

Rodemil Soto Carrillo, Río Bueno.

Seleccionados

Diálogo: Fonemas del Universo

IO preguntó a IA ¿en qué planeta habitan los seres humanos?

IA contestó: en el planeta Tierra.

IO preguntó a IA: ¿y yo dónde habito?

IA contestó: tú eres una luna del planeta Júpiter.

IO preguntó: ¿podríamos decir que somos ambas del universo? IA contestó: claro que sí, allí habitamos.

IO preguntó a IA: ¿tenemos algo en común?

IA contestó: ambas vivimos con energía, las máquinas te observan a tí y yo soy una máquina informática. Hemos aportado a la humanidad, pero parece que no hemos podido transformar su pensamiento, porque en este momento la existencia les está resultando difícil.

IO pregunta a IA: ¿podrás ayudar a resolver problemas de los humanos?

IA contestó: les propondré que los aborden con respeto, de forma ética, social y culturalmente, así, los seres vivos del planeta Tierra, vivirán en un territorio sano y con justicia ambiental.

IO/IA: nos vemos en ALMA.

María Waleska Bórquez Domingo, Valdivia.

Seleccionados

1974

Nano, con la mano en la boca, sangrando: “acompañame a la Posta”.
3 de la mañana, toque de queda, milicos en la calle y la CNI desatada buscando sangre fresca, bailando en La Sirena, whisky y coca.
Llegamos a su casa y Nano me dice, duerme allí. Exilios, pérdidas, las alegrías del día a día continuaron. La siega de los sueños también.

1975. Nano no llega. Recorría la cuadra de la casa, desesperada, a ciegas. Dolor de guata, sonrisa ensayada. Caminaba a paso firme hacia mi objetivo, observando. Una adolescente pálida, con ojeras pintadas por angustia y ojos parecidos a él. Le pregunto ¿tú eres hermana de Nano? Ella mira y dice “dormiste conmigo cuando Nano se rompió los dientes”. Reí, ¡la había encontrado! Me informó en detalle la detención de Nano y su madre.

Recordé con nitidez la voz y tonalidad. Cada nota aumentaba mi confianza; era ella.

Gabriela Pantoja Álvarez, Valdivia.

MICROCUENTOS

Categoría público general



Primer lugar

Dos mil seiscientos sesenta y seis

Lo que logramos fue asombroso, incluso más que el hallazgo que nos permitió obtenerlo. Ese *Manual de energías verdes* —dentro de una caja de roble enterrada en el humedal de la ciudad abandonada—, con un par de capítulos aún legibles a pesar de su desgaste natural, nos enseñó a extraer neodimio, praseodimio y disprosio del depósito de chatarra robótica, minerales que existieron en las últimas tierras raras del planeta antes de que todo colapsara. Con estos reactivamos los paneles de silicio monocristalino para obtener eso que llamaban «energía solar». ¡Nos sentíamos como creando las primeras chispas del fuego!

Regresamos a las ruinas de la Biblioteca Digital Río Cruces —cargamos sus baterías— y todo el conocimiento medioambiental de la humanidad se desplegó ante nuestros ojos. Después de incontables años, la atmósfera finalmente nos daba un respiro. Nos prometimos cuidarla y borrar toda la información sobre energías fósiles, abrigando la esperanza de comenzar una nueva civilización.

César Altermatt Venegas, Valdivia.



Segundo lugar

El derecho a seguir siendo

El río me abraza ante mi llegada y la de miles de mis compañeras. Me doy cuenta de que me transformé en agua, pero no logro identificarme siendo tan difusa y siguiendo la corriente. Ya no tengo el control del movimiento e intento unir las partes de mí, pero fracaso; me desconcierta estar tan fragmentada e invisible.

Me toma tiempo entender que no necesito volver a ser entera, que no estoy dividida, sino que ahora soy parte de algo más grande. El río no busca formas perfectas, sino la voluntad de seguir. Entonces, sigo deslizándome entre otras aguas que como yo se mezclan, se confunden y se abrazan.

En aquel lugar donde empiezo a ser más clara, una niña llena su botella. Me reconoce, me bebe, y por primera vez en mucho tiempo, siento propósito. Soy parte de ella ahora, y ella, sin saberlo, también cuida de mí.

Dania Valverde Carrasco, Valdivia.



Tercer lugar

La desaparición de Julia

Se comenzaba a enfriar mi tierra con la humedad de la tarde. Ella seguía un camino, una huella en medio de mis helechos. Avanzaba cuidando cada pisada. Yo conocía cómo se hundía en el barro, la forma en que su paso hacía vibrar mis capas más viejas. Iba siempre con sus animales. El perro, con sus patas inquietas, me dejaba marcas de paso y afecto.

Diría que su masa se esfumó en un momento y dejó un espacio vacío. Estoy acostumbrada a que extraigan mis hierbas, que las raíces intenten enroscarse en la profundidad y me duela. Pero el hueco silencioso que ella dejó tras de sí, que pronto fue llenado por hongos y espuma, que retumba esperando respuesta.

¿Quieren saber qué queda? Miedo, a quedar desnudo y erosionarse, a convertirme en pampa y que los animales se mueran. Y que este tímido equilibrio no sea suficiente.

Pamela Muñoz Vitta, Río Bueno.

Mención honrosa

Relleno

“Antes todo esto era humedal”, decía recurrentemente mi abuelo, mientras contemplábamos las fábricas de plásticos emplazadas sobre el relleno. Contaba que lo compraron todo; terrenos, políticos, municipios, jueces, leyes y derechos. Prometieron trabajo y desarrollo, convencer a todos fue relativamente fácil, cada uno tenía su precio, incluso mi abuelo, pero la fábrica le quemó los pulmones en la línea de producción.

Mamá dice que hoy es parte del relleno.

Diego Barría Pérez, Valdivia.

Seleccionados

El río que me estudió

Llegué creyendo que iba a estudiar un río.

Pero el río me estudió a mí.

Me observó desde sus orillas cubiertas de helechos gigantes, desde los troncos sumergidos y los musgos aparecidos.

El glaciar respiraba a lo lejos, y las montañas no me daban la bienvenida: me dejaban estar.

Medí cauces, anoté especies, dibujé mapas.

Pero fue el silencio el que me enseñó lo que significa un río sano.

Sin cercos. Sin represas. Sin miedo.

Desde entonces, cada río me habla en su idioma.

Me nombra, me mide, me examina.

Me recuerda que también soy paisaje.

Y que cuidar un río no es solo ciencia.

Es un acto de dignidad.

Camila Bañales Seguel, Valdivia

Seleccionados

La garza y su casa

Al abrir los ojos, la garza vio cómo su casa y sus sueños habían sido aplastados por un bloque de cemento. “Aquí se construye un mall”, destacaba en un cartel.

Tomás Rosas Palma, Valdivia.

Seleccionados

Colillas y Ficus

—Esto era todo campo y bosque antes, yo venía a recoger changles pa' acá. Ahora recojo puras colillas — dijo, mientras con su escoba arrastraba a las aludidas en dirección a la boca de la pala. Las arrugas de su rostro se acentuaron con el gesto de resignación, y sus cabellos despigmentados le dieron un aspecto de solemne sabiduría. Continuó con su tarea, marcando con la escoba el ritmo de su lenta retirada.

Permanecí inmóvil, la culpa en mi pecho me aprisionaba contra el banco. Miré alrededor. Para mí, esta plaza siempre fue el rincón verde del barrio. Apagué el cigarro en la suela del zapato, me levanté y caminé hacia su carrito, modesto vehículo de su oficio, repleto de restos y memorias. Allí tiré el cuerpo de mi delito, la evidencia de mi vergonzoso vicio.

—Gracias —le dije— y disculpe.

Ese día dejé el cigarro y me compré un ficus.

Dominique Latournerie Lafertte, Futrono.

Seleccionados

Así se llevaban los muertos antes

Paradero, 8:30 AM. Después de dejar a Máximo en la escuela, espero la micro de vuelta, como todos los días. Esta vez mi compañía es un matrimonio adulto mayor, mapuches. Saludamos, luego silencio. Pasa rápidamente una camioneta de empresa cargada de un carrito remolque.

La señora comenta –así llevaban los muertos antes–.

Me sorprendo y le pregunto –¿qué muertos?.

–Eso fue hace muchos años– dice ella. –Yo vi como el patrón llevaba un muerto así y lo tiró allá en el puente de Padre Las Casas.

Aún más sorprendida le digo ingenuamente –pero señora, ese muerto debe ser registrado y sepultado por sus familiares–.

Ella me responde –no, si él mismo (el patrón) lo mató y lo fue a tirar–.

Ahí comprendo y le digo –eso fue en dictadura–. –Sí–agrega ella, –Pinochet a cuánta gente mandó a matar–.

Me remueve su relato y me atrevo a decir otra vez ingenuamente –señora, pero eso debió denunciarse, es un crimen–.

Ella responde, –no, si no la mataban a una–.

Nos miramos los tres. Pasa la micro.

Mireya Anzieta Calle, Pullinque, Panguipulli.

Seleccionados

Llueve mucho

“En Valdivia llueve mucho”, decía mi abuelo. Lo escuchaba de chico, yo no solía entender, el paisaje árido que me envolvía no tenía nada que ver con lo que el anciano relataba, quizás era su alzhéimer, esa demencia senil que se mete en los recovecos más profundos de la mente y pudre los vestigios de la razón y la belleza.

“Siempre llueve” lo escuchaba decir, mientras miraba por la ventana como el polvo se arrastra a través de la cuenca seca del río Calle Calle. La energía se va a Santiago, dicen, nunca he ido para allá, al parecer aún llueve en ese lugar. En momentos de lucidez, el viejo lo recordaba todo “¡Nos quitaron el agua!” decía con rabia, esa rabia era contagiosa, por eso lo hice.

Ya no importa, en mi celda sueño con lluvia, sueños que no entiendo, no se puede soñar algo que nunca has visto.

Lucas López Ulloa, Valdivia.

Seleccionados

Salir de la vola'h

Soy observador de lo invisible, predicador de seres conscientes. Y aquí, tras estas rejas, lesuento que salir de la vola'h es soltar la rutina, quitarse la coraza, dejar de actuar el personaje que la cárcel te impone.

Hace poco, nos visitaron unas crías de treile. Sus padres eligieron un rincón de pasto, junto a nuestro patio, para criárlas. Durante catorce días, fueron parte de nosotros.

Las vimos crecer, aprender, vivir. Bajo el cuidado atento de sus padres, un día alzaron el vuelo. Y mientras eso pasaba, entre barrotes y cemento, también nosotros volamos.

Olvidamos diferencias, compartimos historias, nos reímos. Nos unió la vida silvestre, la ternura del cuidado, la esperanza de la libertad. Salir de la vola'h fue dejarse tocar por la naturaleza, que aún insiste en entrar, recordándonos que el derecho a un entorno sano es también el derecho a soñar y sanar.

Luis Aguirre Cortés, Río Bueno.

Seleccionados

Semilla

Un grupo de monos se reúnen todos los días para buscar comida en un bosque, pero no es un bosque verde, sino uno lleno de torres de plástico y nubes grises.

Un día, entre latas oxidadas, encuentran una semilla pequeña y arrugada. Ellos nunca habían visto una semilla, y mucho menos un árbol, así que deciden plantarla en un lugar escondido, lejos del ruido metálico de la ciudad.

La enterraron cuidadosamente y esperaron días, semanas, meses incluso. Una mañana, en el lugar, encontraron brotando entre polvo y basura un tallo verde.

Los monos, muy emocionados, deciden adornarlo con pequeños objetos del suelo, cuando encuentran entre papel triturado un viejo periódico. La fecha indica que es de hace más de 500 años, y en el titular se lee: “La última esperanza de la humanidad: la última semilla con vida ha sido perdida”.

Adán Santana Gómez, Valdivia

Seleccionados

Una parcela

¿Seguro que un condominio aquí?

Dania Valverde Carrasco, Valdivia.

Seleccionados

A lo verdadero

Vengo de un lugar donde los árboles ya no cantan, donde el río perdió su voz y la tierra su magia. Mi hogar se transformó en desierto, nos robaron el agua, nos saquearon los sueños. Migré, como todos los demás. Hoy despierto entre arrayanes y coigües, entre el torrente y los juncos, entre bandurrias y cisnes. Mi voz, que antes fue silencio, hoy canta, grita, ruge y proclama la defensa de lo verdadero. Este verdor, este cauce, esta digna vida, es nuestro anhelo y también nuestro derecho. Debemos, con música, cuerpo y pasión luchar por ella. Protegerla es protegernos.

Javiera Pastene Soto, Valdivia.

Seleccionados

Aguas silenciadas

Él nos contó que el río fue silenciado. La orilla ascendente del embalse iba ahogando árboles a su paso. Los rápidos dejaron de sonar y el río se calló. “Donde está ese tronco hundido, ahí abajo hay una piedra, ahí le dábamos sal a las vacas”, dijo.

Sentí en mis recuerdos esa misma agonía de la laguna donde aprendí a nadar. Se escuchaban hualas al atardecer y cuando se levantaba el viento, la escarpada superficie dificultaba remar y nadar. Año a año un palpitar de subir (en invierno) y bajar (en verano). Hasta que un año, ya no subió más.

Camila Bañales Seguel, Valdivia.

Seleccionados

La memoria de los humedales (A Raúl, Rogelio y Juan José)

25.8.1984: la clave y punto de encuentro estaba dado, alguna casa de la población Huachocopihue nos acogería nuevamente. Al llegar recibimos la cruel noticia que nos impactó y destrozó, igual que las balas que perforaron tu tórax y sien. Dolor y rabia se acumuló, tu cuerpo en el puente Estancilla inerte apareció, junto a ductos de muerte que la dictadura esparció. Han sido largos días y meses de consternación, pliegues y repliegues de cisnes blancos, rojos y negros sobrevivieron entre flujos y reflujo del humedal que durante 40 años en nuestro hábitat convirtió. Pero la muerte fascista nunca sabrá lo que ahí se sembró. En medio del agua fueron brotes de totora, juncos y helechos. Están hualve, coigüe, canelo y arrayan. Estás garza, siete colores y martín pescador. Eres vertiente, río y humedal reservorio de biodiversidad, semilla de memoria y dignidad bajo la estrella solitaria en la Cruz del Sur.

Rodrigo Aburto Bórquez, Valdivia.

Seleccionados

La visita

El día comenzó gris. En este encierro, lo cotidiano se vuelve una montaña: una discusión sin motivo, un tropiezo, una herida más. Todo parecía indicar que sería un día como tantos, donde hasta la ducha duele.

Pero el alma cambia cuando suenan las rejas y se anuncia una visita. Aparece mi compañera, mis hijos, con sonrisas que no entienden de barrotes. Su abrazo atraviesa todo. Por un instante, la prisión desaparece.

Nos miramos, compartimos pan, palabras, dibujos y el mundo se vuelve humano. Ese breve encuentro me recuerda que tengo motivos para seguir. Que mi derecho a cambiar, a reconstruirme, a reencontrarme con la vida digna, también importa.

Y que la libertad no sólo está en el aire libre y puro, sino también en el amor que resiste, en la esperanza que nace cada vez que ellos me miran como quien cree que sí se puede.

Rolando Gallegos Rivera, Río Bueno.

Seleccionados

Wüiwüacabin

Ñamku me contó que antes de la colonización española y alemana, en el origen, estaba el wenumapu y nagmapu. Y luego en el Wallmapu, estaba el Puelmapu y el Ngulumapu. Y en este último se ubicaba el Fuxawillimapu. Y aquí, entre selvas, ríos y humedales, está el Wadalafquenmapu. Y para habitar esta tierra de aguas grandes, había que invocar al espíritu del kurruf. Ñamku me contó que una vez Leochengo le susurró suave y dulce en el oído que el equilibrio de los espíritus de la fuerza y el conocimiento se encontraba en un lugar ceremonial donde sopla el viento.

Son las 5:30 de la madrugada, se ha difuminado mi sueño y siento que se ha despertado mi conciencia que me dice sale a recorrer y defender tu territorio.

Rodrigo Aburto Bórquez, Valdivia.

Seleccionados

Flora y fauna en peligro

En un bosque frondoso, al sur de Valdivia, vivían pumas, pudúes, jabalíes y perdices. Se alimentaban de lo que la tierra les daba, en equilibrio con la naturaleza.

Un día, llegó una empresa con planes de instalar una hidroeléctrica. Alarmados, los animales se reunieron. El pudú propuso formar una cadena frente a las máquinas; la perdiz sugirió buscar ayuda legal.

“Debemos decir que no”, dijeron, “por los árboles nativos, por el agua limpia, por los que aquí vivimos desde siempre. Por nuestros hijos, los de ustedes y los nuestros. Porque no queremos desaparecer”.

Así, entre ramas, raíces y valentía, decidieron defender su hogar. Porque el bosque no es solo paisaje: es vida.

Bairon Vidal Márquez, Río Bueno.

Seleccionados

Fundo La esperanza

Vivíamos en un lugar llamado Los Cerrillos, en el fundo La Esperanza. un sitio que empezaba a quedarse sin árboles. La empresa INFODEMA había llegado con sus máquinas, su ruido, su urgencia. Una montaña de más de 4.500 hectáreas comenzaría a desaparecer: ulmos, tepas, olivillos, coigües, raulies, lingues... todos caían. Nadie les preguntó si querían irse.

A mi hermano y a mí, siendo niños, el capataz nos ofreció trabajo. Nuestros padres, cansados y sin muchas opciones, dieron su permiso. El capataz nos pidió quemar las astillas que quedaban tiradas, las que estorbaban el paso. Y así echamos fuego al bosque muerto, sin saber que también ardía algo dentro de nosotros: la memoria de un monte que ya no volvería. Hoy, cuando recuerdo ese cerro pelado, entiendo que cuidar la tierra también es recordar lo que se llevó el humo.

José Manríquez Casanova, Río Bueno.

Seleccionados

Raíces del trabajo

Era un adolescente cuando empecé en el fundo Curilelifu, moviendo madera entre los corrales. El cemento me enseñó a construir, pero fue la tierra la que me enseñó a cuidar. Aprendí que trabajar no es solo producir, sino también respetar lo que sostiene la vida. En Paillahue, al administrar un campo, me permitió formar mi familia, entendí que el agua, el suelo y los animales no son recursos, sino parte de quienes somos. Cuando uno de mis hijos enfermó, la solidaridad nos sostuvo, como lo hace un ecosistema y un entorno sano.

Cesar Oporto Aguilar, Río Bueno.

Seleccionados

Un sueño imposible

Soñé que mi papá me volvería a ver. Que corríamos por la arena, jugábamos a la pelota en la plaza del barrio, rodeados de árboles y risas. Pero fue solo un sueño. Cuando yo tenía tres años, perdí la vista por un golpe injusto. Estuve en coma, sobrevivió, y desde entonces caminamos juntos: él con su bastón, yo con sus recetas de cocina. Desde los 13 años le cocino, lo guío, lo acompañó.

El parque, la playa, la pelota siguen ahí, como un derecho suspendido. No solo soñamos con justicia. Soñamos con vivir en un entorno sano, seguro y humano, donde nuestros afectos no se apaguen con la violencia.

Ronald Rodríguez Silva, Río Bueno.

Seleccionados

Una vida más

Tengo prisa, aunque sea domingo tengo prisa, es pronto la hora de juntarse y aunque costó un poco salir de la cama y del descanso, resulta más motivador el encuentro que cada domingo realizamos y que llevamos por mucho tiempo haciendo, con amigos y amigas, con el objetivo de poder cuidar, limpiar y proteger el parque comunitario del humedal Angachilla.

Hoy nos corresponde limpiar el espejo de agua, el que durante los últimos 15 años se ha ido cubriendo de plantas invasoras producto de las descargas de contaminación que sufre de forma constante el humedal, producto igual de la creciente urbanización y presión inmobiliaria.

Camino lentamente entre aguas oscuras, alrededor mío murallas de totora y batro que me hacen comprender lo pequeño que soy dentro del humedal. Soy como un ave pequeña más, en medio de este universo de vidas que pretenden destruir, soy una vida que intenta resistir.

Jaime Rosales Ojeda, Valdivia.

Seleccionados

El amor es invisible

Empieza el día, temprano tomo la micro 22 camino al centro, recorro la zona norte de la ciudad humedal, extensiones de marismas y agua estancada veo en mi recorrido. Siento angustia y alegría, voy llegando a un hogar compartido. Una casita blanquita con bordes azules, con tomates y flores plantados por los pacientes en el patio. Tiene un árbol de maqui que sostiene todo el sistema de cariños.

Empieza el taller de ciudadanía, había un conversatorio sobre la vida en democracia. Nos exaltamos. Todos queríamos hablar. Todos queríamos ser escuchados. La existencia de nuestros deseos sobre una vida libre estaba ahí, siendo recogida por los terapeutas.

Un té de poleo, un abrazo y una hora después, el mundo ya estaba reparado.

La lluvia no se lleva a los más sensibles. Resistimos y sobrevivimos como la biodiversidad en las turberas.

Valentina Báez Muñoz, Valdivia.

Seleccionados

La rama para todos

En lo alto del bosque, Vicente, el mono, construyó una gran casa del árbol. Aquí solo pueden entrar los que trepan rápido.

Julián, el monito del monte, miró triste. Sus patas pequeñas no le permitían subir tan alto. Adán, el canguro, dio un gran salto, pero también cayó. Javier, el otro mono, bajó la cabeza.

Entonces, Javier habló: “todos tenemos derecho a un lugar seguro, sin importar como nos movamos”. Vicente quedó pensando y al día siguiente, construyó una rampa para que todos pudieran entrar.

Y desde ese día, la casa del árbol fue de todos.

Vicente Martínez Alvarado, Valdivia.

Seleccionados

Contemplar

Cada ruta mañanera, me detengo a mirar unos minutos el fantástico hogar de coipos y huillines, de la ranita de Darwin y los inquietos puyes: el humedal. Cuán divina es la sabia madre que me permite contemplar la vida y ser contemplada por ella en los detalles más minúsculos del quehacer matutino. Yo danzo en consonancia con el agua de aquel humedal y es el agua la que me permite danzar. Mis ojos encapsulan instantes de turista y los tuyos un relato que fluye sosegado por la estabilidad de las letras. ¿Será que con el alma amable podremos eternizar el hogar de totoras, como eternizamos la literatura en los libros?

Me ilusiono con un sí. Que-de ser turista-lo bonito, es volver a un lugar y tropezar con la misma magia. Que-de ser lector-lo mágico, es volver a leer un libro y sentirse, nuevamente, un turista.

Bárbara Vega Barrera, Valdivia.

Seleccionados

Pésame

Con la alegría sana se despertó. Vió la conmoción que existía fuera de su ventana, una ciudad que fue consumida por la industrialización y el desinterés progresivo de su humanidad. Recordó y añoró el tiempo cuando aún sentía el trinar de los pájaros que se posaban en su ventana.

Su humor cambió y se transformó en una persona más, presa de una sociedad apática. Se miró al espejo y vió lo cambiado que estaba, ya no se encontraba a sí mismo en su mirada, jamás volvió a ser el de antes.

Millarai Arancibia Carrasco, Valdivia.

Índice

Presentación 5

Microcuentos

Categoría niños, niñas y adolescentes	11
Cuentos ganadores	12
Cuentos seleccionados	18
Categoría personas mayores de 60 años	77
Cuentos ganadores	78
Cuentos seleccionados	84
Categoría público general	91
Cuentos ganadores	92
Cuentos seleccionados	98

Como parte de esta iniciativa, el Instituto Nacional de Derechos Humanos, Región de Los Ríos, ha desarrollado una guía pedagógica complementaria, disponible para descarga gratuita. Este material ofrece orientaciones y actividades que permiten trabajar los contenidos del libro en el aula, promoviendo la reflexión sobre los derechos humanos, la participación y el cuidado del entorno desde la lectura y la escritura creativa.



RELATOS QUE FLUYEN

CONCURSO DE MICROCUENTOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS 2025

El concurso Relatos que Fluyen, impulsado por el Instituto Nacional de Derechos Humanos, Región de Los Ríos, invita a escuchar las múltiples voces que habitan nuestros territorios.

Este libro reúne los relatos ganadores, obras que reflejan la creatividad, la memoria y el compromiso de personas de distintas edades y comunidades con los derechos humanos y el respeto por la naturaleza.

Cada texto es una corriente de imaginación y reflexión que nos recuerda la importancia de la palabra como herramienta para construir una sociedad más justa, participativa y consciente de su entorno.